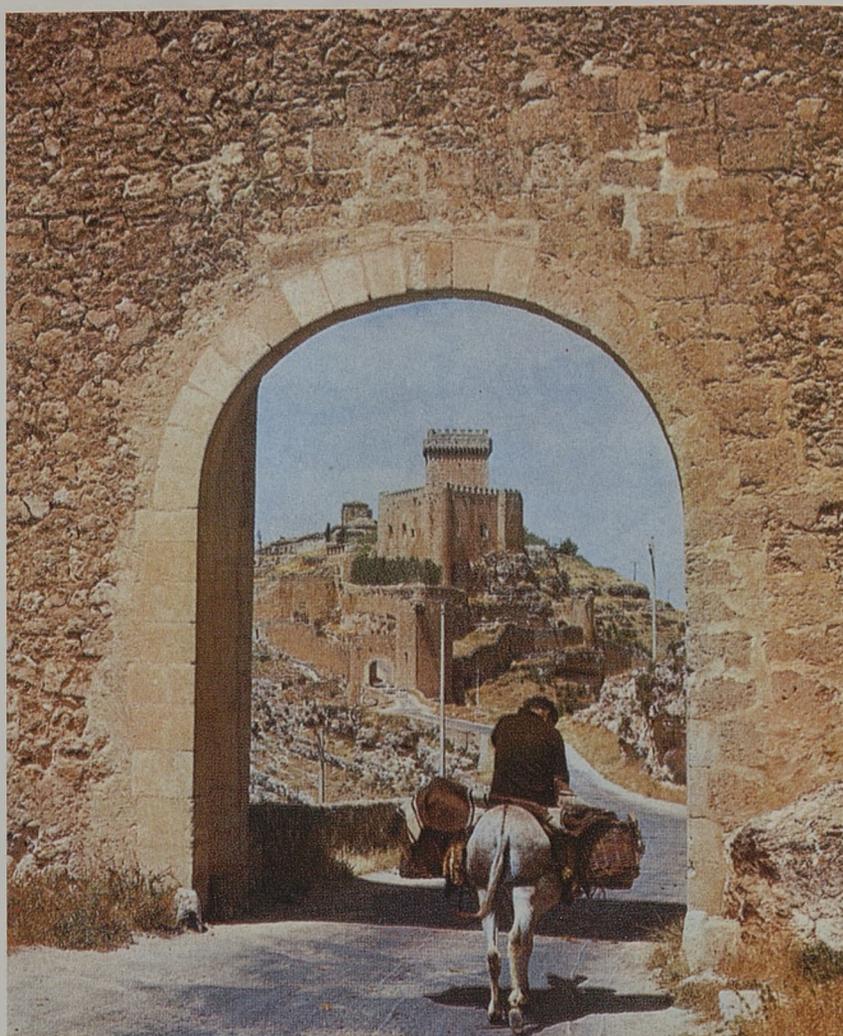


Estas tierras castellano-manchegas han sido en determinadas épocas protagonistas de importantes acontecimientos ocurridos en la historia nacional. Muchos pueblos han pasado y otros se han asentado dentro de sus murallas, pero todos han posado su riqueza artística. Castilla-La Mancha aunque no cuente con una arquitectura definitoria y propia ha sabido conjugar los diversos estilos, consiguiendo que algunas de las ciudades que conforman esta Comunidad Autónoma sean conocidas universalmente. No en vano, Toledo ha sido declarada "Patrimonio de la Humanidad".

Edificios civiles y eclesiásticos pretenden dar información de las distintas gentes, tradiciones, en resumen de las diferentes culturas que han influido en la actual sociedad castellano-manchega. A su vez que puede contemplar y conocer sus orígenes.



Puerta de la antigua muralla en Alarcón, Cuenca.

Un pasado hecho pedazos

No es fácil caracterizar la arquitectura manchega como tal, porque apenas tiene signos de identidad. La escasez de estos signos radica en el aspecto neutro de su paisaje, poco elocuente y expresivo. Para empezar a penetrar en el difícil capítulo de la arquitectura manchega convendrá que lo hagamos por sus pueblos. Estos tenían y tienen, aunque lo van perdiendo, un sabor profundamente campesino, eran la consecuencia de un proceso de incorporación de casas de labor que en las grandes fincas quedan aisladas. Con estas casas agrupadas con sencillez y cordura se iban formando los pueblos grandones y blancos, extensos y nítidos. Muchos de estos pueblos manchegos o periféricos a la región tienen grandes plazas porticadas con balcones y galerías voladas para fiestas y regocijos públicos. Allí en las fiestas patronales, novilladas, capeas y otros espectáculos taurinos tenían un marco popular extraordinario. Taurina, por excelencia, era la plaza de Tembleque, con su forma de anfiteatro, más civil, entonada y aristocrática, la de Almagro, capital literaria de La Mancha.

Existen también algunas que se visten de solemne arquitectura como la de Salas de los Infantes y San Clemente, y en Ocaña, la plaza dieciochesca, regular y bien trazada, cerrada y con soportales.

En cuanto a la arquitectura religiosa nos encontramos con un terreno muy indeciso por lo que se refiere al carácter arquitectónico, y sobre todo eso que queremos perseguir y llamamos carácter manchego. Si en los pueblos, casonas, ventas y posadas la arquitectura humilde de la región transparece de alguna forma, en los edificios religiosos es más difícil señalar tales características. Estos están más cerca de los estilos históricos propiamente dichos, en suma es una arquitectura más culta y menos popular. En realidad si queremos buscar alguna raíz vernácula tendríamos que acudir más que a las iglesias de cierta importancia a las parroquias humildes de algunas aldeas insignificantes y a las ermitas y humilladeros perdidos en el campo o en las afueras de los pueblos. En muchas de estas construcciones todavía queda la presencia de un arte mudéjar que tiene